



LA CRITICA MUSICAL.



LA crítica artística, sèria, elevada, justiciera y competente, es fruto de civilización de que aún carecemos en México, y cuyo cultivo se hace indispensable, porque ella y sólo ella podrá revelar fundadamente nuestros adelantos, corregir nuestros defectos, enzarzar nuestros méritos y estimular nuestras aspiraciones, contrariando, si preciso fuese, las tendencias y aficiones del público. Desgraciadamente, lo repetimos, en México, carecemos de escritores consagrados á tan noble y útil misión, puesto que los esfuerzos aislados de éste y

aquel no han tenido la fuerza suficiente para imponerse, y de ahí que la crítica que ilustra y fortifica se vea suplida por el insulso reportazgo que, á su antojo, hace y deshace reputaciones, complace á sus favoritos, adula á los necios y levanta pedestales para colocar á sus ídolos.

Ciertas personalidades excepcionales que por su competencia y conocimientos musicales podrían emitir fructíferamente sus opiniones, rehúsanse á tomar la pluma en bien del arte y sólo saltan á la palestra armados de contundentes armas cuando alguien se aventura á disputarles un átomo de su méritos; no están en juego entonces el arte, ni sus bellezas, ni sus encantos, ni el adelantamiento y educación de las masas, sino la personalidad, el individuo, el *yo* herido, debatiéndose con toda la soberbia de la humana condición y con la ira caldeada en ese fogón inextinguible que se llama amor propio. Por demás está el añadir que, en tales circunstancias, la crítica queda en la sombra, y en plena luz, la polémica que *siempre*—siempre, entiéndase bien—degenera en insulto, en ofensa y en diatriba.

Hay otros individuos, en análogas condiciones, quienes por sus conocimientos demasiado circunscritos, temen menoscabar su prestigio artístico aventurándose en un terreno para ellos desconocido, y en tal virtud limitan sus juicios á un reducido número de adictos sin comprome-

terse externándolos por la prensa. Estos son prudentes y cautos; pero no fomentan el progreso del arte.

En distinta categoría incluimos á los aficionados locuaces é impresionables, quienes inversamente á los anteriores, se desviven espiondo la oportunidad de informar al público acerca de sus predilecciones, de sus placeres estéticos y de su erudición. El *debut* de una tiple de zarzuela, la desafinación de un cornetín, el gesto ó la sonrisa de un director, el infortunio de un partiquino, la súbita afonía de una corista y la negación del arte en una velada, dánles material para sendos artículos *literario-musicales*, condimentados con inocentes indiscreciones, salpimentados con chascarrillos de dudoso sabor y honrados—esto sí es legítimo—con las continuas alusiones á los grandes maestros de la música.

La erudición es lo primero y ésta se muestra á raudales presentando de bracero y en orden cronológico á los antecesores de la moderna evolución (!). Y hé aquí como ^oapropósito de una desventurada desafinación surgen las figuras de Bach y Hændel, Haydn y Mozart, Beethoven y Schubert, Mendelssohn y Schumann, Wagner y Verdi! ¡Oh poder de la erudición! Esos artículos poco dicen, nada enseñan, nada corrigen ni nada ilustran, pero llevan al ánimo del vulgo la convicción de que el escritor aficionado X es *un as-*

tro de primera magnitud en el obscuro cielo de nuestra cultura musical. Y hé ahí cómo el aficionado X que no era, ni mucho menos, astro ni pequeño ni grande, alcanza á ser una verdadera potencia en la prensa y es agasajado por todos y por todos temido y respetado.

Tampoco necesitamos añadir que los escritores de esa especie son más nocivos que útiles puesto que trafican, en bien propio, con la ignorancia de las masas.

La crítica, llamémosla así, aunque indebidamente, que asimila sin conciencia cuanto de bueno y malo nos dicen los escritores de allende los mares, que no informa sus juicios en el estudio de las obras puestas al debate, sino en los libros no siempre escritos con autoridad é imparcialidad suficientes, no puede merecer crédito ni puede llamarse competente. De ella hemos tenido, y aún tenemos, contados ejemplares en México; pero por fortuna pocas veces levanta la voz y su acción no se hace sentir.

Desearíamos decir algunas palabras acerca de la crítica popular, de la crítica formulada con terribles discrepancias en el *boudoir* de la artista, entre bastidores, en los pasillos y en las cantinas; pero aparte de que quedaría muy mal parado el antiguo proloquio: *Vox populi*. . . redundarían nuestras observaciones toda vez que en materia de arte todos se creen con derecho para juzgar.

Es esa costumbre universal, las costumbres tienen fuerza de ley, y ante la ley no hay que mostrarse rehacio.

Por lo que dejamos expuesto se comprenderá que no somos partidarios de tales ejercicios de crítica. A nuestro juicio la crítica puede ser supérflua, nociva ó beneficiosa para el arte; puede ser una palanca que impulse, una fuerza que se imponga ó un obstáculo que se interponga al paso del progreso. Todo depende de las tendencias del escritor, de su competencia, de las cualidades y defectos que le caractericen, de su independencia y de los diversos puntos de vista en que se coloque al ejercer su difícil cargo.

La crítica será supérflua cuando nada demuestre ni nada enseñe; nociva cuando engañe, aún cuando sea de manera inconciente y de buena fé y beneficiosa siempre que, bajo el amparo de autoridades reconocidas, imponga ideas fecundas en resultados, persiga ideales indiscutibles, anhele el progreso basado en hechos y principios legítimos, aquilate con acierto relativo los méritos ajenos, aplauda entusiasta aclamando lo que valga y merezca estímulo, y combata y censure con severidad, si preciso fuere, los avances de la rutina, el ensanche del mal gusto naturalmente dominante, el pernicioso influjo de una torcida educación artística y de los malos espectáculos, que es más pernicioso aún.

En la buena crítica la cualidad más estimada y más difícil de probarse es la imparcialidad absoluta; es seguramente uno de sus méritos más estimables, pero que desgraciadamente pugna con la naturaleza humana.

Reposando la crítica artística, no solamente en determinado número de principios estéticos invariables, aunque de extensión tan indefinida que puede alterar su esencia, sino en otros variables y sujetos á las modificaciones de las épocas y á las alternativas evolucionistas, ha menester de recurrir al sentimiento individual y á la sensación personal para fundar sus juicios. Ahora bien; á cuántas y cuántas transformaciones, á cuántas influencias exteriores, á cuántas fluctuaciones no está expuesto y sujeto ese sentimiento, tan variable como los pensamientos, como las inteligencias y las organizaciones! ¿Y queréis que sirviendo de norma dicte juicios absolutamente independientes y desapasionados? ¿Puede concebirse idea más antitética que la que resulta al pretender fundir en una dos nociones que por su naturaleza se rechazan?

Exigir completa imparcialidad al crítico equivaldría á negarle un criterio, una tendencia, una simple predilección de que nadie está desprovisto ni puede substraerse.

El crítico que se prometa hacer abstracción de su propio sentimiento al juzgar una obra artística, no lo conseguirá jamás, como tampoco el poe-

ta, el músico, el pintor que pretenda borrar las huellas de su personalidad en una producción, es decir, nulificar su manera de pensar y sentir. Por eso, quizás, algunos han juzgado incompatibles los oficios de artista y crítico, tésis que no aprobamos, porque estamos persuadidos de que los defectos del crítico quedan ampliamente compensados con la competencia del artista honrado y concienzudo.

Es absurdo exigir ciertas cualidades equivalentes á la perfección. ¿A qué buscarla si ella no es de este mundo?

Conformémonos con que á la sombra del progreso intelectual brote el fecundo arbusto cuyos frutos deben estar sazonados con la savia de una sana educación artística.

Mucho es que pidamos crítica cuando apenas sí tenemos arte, se nos dirá, y es la verdad; pero quizás tendríamos más arte si la crítica hubiese lanzado á latigazos á los falsos mercaderes que invaden el augusto templo; tendríamos más arte si al párrafo elogioso que pondera los méritos de la *Revoltosa* é invita al teatro pornográfico, se hubiese substituido la censura acerca de nuestra triste postración, de la atonía artística que acaba con todos los ideales y con todas las aspiraciones, del desdén con que se acogen las tentativas buenas y nobles; tendríamos más arte seguramente, si las iniciativas de progreso brota-

sen de plumas autorizadas, fuesen fomentadas en la cátedra y llevadas á efecto con el apoyo oficial y la cooperación de la sociedad.

Cierto es que nuestro arte es pequeñito y apenas balbucea.

Pues alimentémosle y que la crítica sea el tónico poderoso que encienda la vida en ese ser endeble y raquítrico!

Junio 12 de 1899.





LAS EMPRESAS DE OPERA

EN MEXICO.



A idea de plantear la ópera en México como espectáculo permanente y al alcance de todas las fortunas, es idea noble y artística que merece nuestra completa aprobación y nuestros plácemes más sinceros. El propósito ha surgido de la empresa que expone y aventura su capital en el teatro-circo Orrin, secundada por artistas mexicanos y extranjeros, de mayor ó menor valer, para todos decididos á dominar á ese mónstruo de mil cabezas que se llama público y á unos cuantos enemigos gratuitos que les son resueltamente hóstiles.

La idea es buena y levantada, lo repetimos; pero desgraciadamente dudamos que el éxito corone los esfuerzos de todos, en virtud de los motivos que vamos á exponer.

Desde luego debemos afirmar que en México no pueden sostenerse más que por cortas temporadas los espectáculos sérios y netamente artísticos, tanto por la veleidad del público, el cual prontamente se hastía de escuchar las mismas obras y presenciar el mismo espectáculo de telón adentro y de telón afuera, cuanto por el poco tacto de las empresas que no siempre cumplen los compromisos contraídos, ni podrían, aunque lo intentaran, imprimir á sus espectáculos la variedad á que nos han acostumbrado los empresarios del famoso *género chico*.

Las condiciones de unas y otras empresas son del todo diversas, las inclinaciones de la gran mayoría del público tan acentuadas que no necesitamos revelarlas, y las exigencias del mismo tan desiguales é injustas, que harían fracasar el negocio más sólidamente establecido.

En la zarzuela poco se exige y el precio no solamente no se discute sino que se puja como en pública subasta. Basta el rostro agraciado de una tiple, el empuje de sus relaciones, lo impúdico de sus actitudes y la morbidéz de sus formas, para conquistarse la adoración del público, adoración rayana en locura y frenesí, y para garantizar á la empresa el ingreso á sus arcas de sonoros y relucientes doblones. Nadie tiene escrúpulo en pagar una luneta al precio elevado impuesto por una celebridad. El deseo de presenciar á la tiple X que no canta, pero se exhibe,

y el placer que se experimenta al escuchar tres ó cuatro chistes de color tan subido que llega al *rojo blanco*, ó al admirar los cuadros plásticos formados por horripilantes coristas, justifican cualquier despilfarro y cualquier desequilibrio económico. El comprador no vacila; afloja los cordones de la bolsa y ya dentro del salón se muestra jovial, risueño, alegre y entusiasta; todo lo aprueba y ve con malos ojos al que se atreve á lanzar una censura. Item más: la prensa agota el vocabulario de los elogios para artistas (?) y empresarios, y no vacila en forjar reputaciones y labrar pedestales para colocar á sus ídolos y adorarlos.

De muy distinta manera acontece á las puertas de los teatros de ópera.

Desde luego es de fatal augurio el elenco en el que se hacen figurar artistas mexicanos. Más de cuatro y más de cien también fruncen el entrecejo al enterarse de tan triste colaboración, y si dado les fuera, elevarían una solicitud á la empresa rogándola que reparase el lamentable yerro. Y no es que tengan concepto formado de tal ó cual artista nacional (acaso ni personalmente les conocen), es que para ellos—y aquí caben cifras inverosímiles—es malo lo que procede del país; todo lo nuestro es *cursi*, es inferior y forzosamente desechable. Los artistas de importación por malos que sean en realidad, siempre son disculpables: el clima, la altura, las condicio-

nes de nuestro medio, en fin, justifican cualquier accidente y hasta cualquier fracaso; pero los mexicanos, los nuestros ¿qué es lo que pueden alegar en su abono. . . . ?

—Desengáñese Vd.—decíanos alguien—en México no puede haber buenos artistas; hay una causa secreta que impide su producción y se opone á su desarrollo.

Y es la verdad, aunque esa causa no sea tan secreta como suponía nuestro interlocutor.

Es evidente que en México difícilmente prosperan los artistas porque carecen de estímulo y protección, porque no hay manos generosas que les impulsen y alienten, y porque el público es generalmente injusto para juzgarlos.

El porvenir que aquí se abre al artista no es por cierto halagador: ó la miseria ó el *género chico*. Está de más añadir que aquel que se sienta poseído del fuego sagrado y sea artista hasta la médula, opta. . . . por una plaza de meritorio, ó escribiente en la oficinas del Gobierno. . . .

¡Hay tantos que yacen en el olvido! tantos que han descuidado ya los dulces goces del arte y luchan por la vida, arrastrando tan sólo la vida vegetativa del profesorado! Pero ¡qué más! es tal nuestra ingratitud, que la grande y admirable artista de quien debíamos enorgullecernos los mexicanos, la sublime Angela Peralta, no tiene aún un humilde monumento consagrado á su me-

moria. . . . ¿Quién menciona á nuestros viejos compositores, quiénes, buenos ó malos, fueron al fin nuestros antecesores?

¿A dónde hay una lápida conmemorativa que nos recuerde el nombre de Paniagua, el primer mexicano que escribió para el teatro? ¿Y los de Gómez y Valle y tantos otros que apenas quedan en la memoria de los de la pasada generación que sobreviven?

Doblemos la hoja. . . . y prosigamos refiriéndonos á las empresas de ópera y á las causas que impiden la implantación permanente de tan civilizador espectáculo.

El público en la ópera no tolera medianías; pero sí para mientes y murmura cuando se ve en el caso de pagar precios relativamente elevados. Nuestros viejos melómanos, recuerdan con fruición que por una friolera escucharon las divinas notas de la Sontag, y no pueden resignarse á aprobar la elevación de precios cuando se trata de artistas naturalmente inferiores y mucho con á aquella celebridad del arte lírico.

Las condiciones han variado de tal suerte, que ellas bastan para justificar las aparentes desproporciones; todo queda explicado con decir que, hoy por hoy, son otras las exigencias de los artistas en el Viejo-Mundo, que cada nota de una celebridad contemporánea vale una fortuna, y que los presupuestos de las empresas, pagaderos en *oro*, hacen montar sus compromisos á sumas aterradoras.

Empero, nosotros los mexicanos, adolecemos de otro defectillo, defectillo inocente, si se quiere, pero que nos suele costar un ojo de la cara como vulgarmente se dice: estimamos la calidad de objetos y espectáculos proporcionalmente á sus precios, é indefectiblemente aseguramos que objetos y espectáculos corren parejas con el monto de su valor.

El comerciante que no imponga precios fijos y altos corre derecho á su ruina, porque el público medita en fraudes y falsificaciones. . . .

Otro tanto acontece con las empresas: los precios módicos atraen á cierto público, pero rebajan el mérito de sus artistas y los desacreditan. Esta es otra de las causas que impiden la implantación de la ópera popular en México.

Hay aún la exigencia de pedir propiedad absoluta en la *mise en scène*, perfecta indumentaria, competente cuerpo de coros, magnífica orquesta, y ante todo, constante novedad en los espectáculos, circunstancias todas imposibles de realizar sin tener la garantía de la constancia del público por un largo período de tiempo. Y ya lo hemos manifestado antes: quizás á causa del poco tacto de los empresarios, ó arredrados por dificultades materiales que no pueden sobrepujarse, nuestro público se aleja prontamente y hoy desecha lo que ayer admiró. Es como los niños que hacen mil pedazos el juguete con que antes se deleitaron. . . .

El local elegido por las compañías líricas para desempeñar sus trabajos, tiene inmenso ascendiente sobre los resultados artísticos y atrae ó desvía fácilmente al público.

El teatro-circo Orrin, arrendado por la compañía italo-mexicana, es á todas luces un local detestable; pero no debemos culpar á la empresa por no haber podido sobreponerse á la fuerza del monopolio que en este particular ejercen las empresas de zarzuela. Esta es la triste consecuencia de que la ciudad no posea un teatro propio, como acontece en todos los países civilizados, y aún en los principales Estados de la República. Si nuestro gran teatro Nacional—que hasta ahora no merece tal nombre—fuese de la propiedad del Ayuntamiento, éste, impulsado seguramente por un afán de noble cultura, podría cederlo gratuitamente á las empresas de espectáculos legítimamente artísticos, y esa cesión significaría un impulso impreso á nuestro escaso movimiento y cultivo intelectuales. En semejante caso el público tendría motivo para imponer sus exigencias haciendo hincapié en lo referente á presentación de tantas y tantas obras modernas que ya son populares en Europa y en México ni por referencias se conocen.

La buena música, que aquí tiene amantes, pero escasos, no podrá obtener carta de naturalización entre nosotros, si no se contrarresta el nocivo influjo de la zarzuela, facilitando sus me-

dios de vulgarización, y ésta no podrá lograrse á menos que una empresa honrada y poseída de artísticos propósitos merezca la protección del Gobierno y corresponda á la que el público se digne impartirle.

De otra suerte el triunfo será de los más fuertes. . . . Y hay que temer, porque éstos poseen maravilloso talismán que atrae á las multitudes. Un rótulo á varias tintas que dice: TANDAS Á 25 CENTAVOS.

Agosto 15 de 1899.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO